

(De *Cuentos a los cuarenta*, ed. Destino, Barcelona, 2001)

Laura Freixas
LA ESTACIÓN

-Hola. ¿Tú eres...?

El hombre que se ha parado junto a mi mesa es alto y delgado, con el pelo gris, ojos azules, expresión afable. Viste tejanos y camisa azul claro; le asoma un periódico extranjero debajo del brazo. Yo tengo encima de la mesa, junto a la taza de café, un gran paquete envuelto en papel de regalo. El reloj de la estación marca las doce, siete minutos, cuatro segundos.

-Sí –exclamo, asintiendo con la cabeza y sonriendo alegremente.- Y tú...

-Sí –confirma él, sonriendo también, y nos estrechamos la mano-. ¿Vamos?

Me levanto, dejo unas monedas sobre la mesa y le sigo. ¡Así de fácil! Mientras camino con paso elástico, me pasa vertiginosamente por la cabeza todo lo que dejo atrás: el quinto piso de la calle Emigrantes, las fotografías enmarcadas de los muertos, las ventanas con vistas a la gasolinera, a la autopista, al descampado... Las casas de diez pisos, de ladrillo, con ropa tendida en los balcones y toldos verdes desteñidos. El bar donde desayuno cada mañana después de dejar a los niños en la escuela, tan oscuro, con papeles y colillas en el suelo y el ruido de las maquinillas tragaperras, y un rayo de luz que cayó por la ventana y se debate, como un pez en una red, sobre la pared del fondo... El brillo hostil del sol sobre el cemento, el asfalto que se derrite como plomo y mis ataques de asma... Los días que llegan y se van sin dejar nada, como agua de la que yo fuera el cauce. Las noches en que Eustaquio mira cualquier cosa en la televisión mientras yo, perfumada, en la cama, leo o finjo leer, una hora, dos horas, hasta que me quedo dormida. El dolor que desde hace tres semanas no me deja, como un invisible perro lobo. Alguna vez se duerme y lo olvido, aunque por poco rato; otras, en plena noche, me despierta a dentelladas...

¡Cómo huele la estación a aire fresco, a libertad, a verano! Ya veo los andenes, las vías que echan a correr. ¡Con qué ligereza avanzo, como si cada paso fuera un salto y bastara un golpe de talón, como soñaba de niña en el patio del colegio, para salir volando!

Miro de reojo a mi acompañante. Él me devuelve la mirada, y aunque en la suya no hay interrogación alguna, me siento obligada a aclarar:

-No he cogido equipaje porque... como no... - y me atasco.

Él me interrumpe con un gesto, sonriendo. Pero me mira de hito en hito. Ayayay, está sospechando algo... Se detendrá de golpe, fruncirá las cejas... terminará la frase que imprudentemente dejó a medias... Perderé esta oportunidad y nunca más habrá otra. ¡Por favor, no! ¡Por favor...! Tengo que encontrar algo que decir. Hablar, de lo que sea, por lo menos hasta que subamos al tren... hasta que se ponga en marcha... luego, aunque comprenda su error, será demasiado tarde para volver atrás... Decir algo, inventar cualquier cosa, entretenerle... Pero él se me adelanta:

-Por aquí, por favor.

Pasándome con galantería la mano por debajo del codo, me hace subir una escalerilla. Entramos en un vagón, y caigo en la cuenta de que su mirada, fija en la mía, me ha impedido ver los carteles en los que debe figurar el destino de este tren. Y ahora hemos entrado en un compartimento, y él se apresura a correr el cerrojo y las cortinas.

Hay algo que me llama la atención en el compartimento, pero al principio no sé muy bien qué es. Banquetas de escaí verde oliva, rejillas para el equipaje, espejitos rectangulares, fotografías en blanco y negro de paisajes y monumentos... ¿No es todo de lo más normal? ¿No he visto infinitas veces compartimentos como este?... Sí, así eran los trenes en la época en que las fotografías eran en blanco y negro, y estaba de moda el verde oliva... Estamos en un tren de cuando yo era joven.

Me vuelvo hacia el hombre. ¿Por qué me mira tanto?... ¡Ah, claro! Adivino lo que le intriga y por delicadeza no se atreve a mencionar.

-El luto –murmuro- es por mi padre-. Respiro hondo: -Un día, hace tres semanas...

-¿Qué luto? –me interrumpe.

Me miro la ropa y compruebo con sorpresa que ya no llevo el jersey y la falda negros sino un vestido tejano. Ni zapatos de tacón, ni bolso negro, ni la medalla de oro, ni – me palpo las orejas- los pendientes con la perla, sino aros y brazaletes de plástico, mochila y alpargatas. Me echo a reír. Dirijo la mirada al espejo que está enfrente, encima de la banqueta en la que él se ha sentado; me paso la mano por el pelo: lo llevo corto y sin teñir. Me río a carcajadas. El tren se ha puesto en marcha y unos brazos fuertes, poderosos, me rodean ávidamente la cintura.

Me dejo derribar sobre la banqueta. Esos besos... esa manera de besar haciéndome cosquillas, entre el hombro y el cuello, en la punta de la barbilla y detrás de la oreja... acerca los labios a los míos y los aparta, riendo, cuando quiero besarlos... me recuerda algo... esa delicadeza inesperada en un cuerpo grande y fuerte... no es la primera vez... pero... pero... ¿Será posible?

-¿Eres tú? –grito.

Él se ríe. Sí, es la misma risa también, esa risa ronca y sin alegría... Era rubio, en aquella época, con el pelo corto, denso, lacio; y llevaba gafas, unas gafas de montura metálica y redonda como se usaban entonces, y quizá tenía la boca más grande, la nariz más recta, los hombros más anchos ... pero es él, es él, no cabe duda. Se ríe de mi sorpresa.

-¡Tú! –se me saltan las lágrimas y río-. ¿Has llegado por fin?... Un pequeño retraso, de... nada... déjame contar... yo tenía dieciocho... un retraso de veinti...

No puedo seguir, lloro a mares. ¡Volver atrás! Empezar de nuevo, tomar cualquiera de los otros caminos en tal o cual de las encrucijadas, ir a parar a cualquier otro sitio, menos a la calle Emigrantes...

-¡Por fin –logro articular- veintidós años después! ¡Has... has...!- y me echo a llorar de nuevo.

-Claro, claro que he vuelto –dice él abrazándome-. ¿Qué creías?

-¿Por qué no viniste? ¿Por qué me dejaste plantada? Allá en Algeciras.-... yendo cada dos por tres a la estación, a cada vez que llegaba un tren de Madrid... me quedaba en el andén hasta que había salido el último pasajero... a todas horas, durante tres días... el jefe de estación... al final ya me conocía... me daba ánimos, me decía que habrías tenido algún contratiempo y claro, como no me podías avisar... yo llamaba y llamaba a tu casa y nadie cogía el teléfono...y entre tren y tren me pasaba las horas vagando por Algeciras... entre miles de moros que iban de un lado a otro con maletas de nilón a rayas y bultos atados con cuerdas....

Él no dice nada, sólo me abraza y me acaricia el pelo, y me deja hablar a borbotones, mientras el tren coge velocidad.

-Y empezaba a oler mal, no me podía duchar, me había alojado en la pensión más barata de Algeciras, que ya es decir, y el único cuarto de baño era tan asqueroso que no me atrevía ni a lavarme la cara, y el colchón estaba lleno de chinches, se lo dije al dueño, un viejo decrepito, sordo como una tapia y medio ciego... con cataratas... vino con un trasto para fumigar y me fumigó la mochila... -me río sin dejar de llorar- y le hizo un agujero... y llamaba a tu casa a todas horas hasta que al final...

-Tss, tss... -susurra él pasándome las manos por la espalda.

-Al final... al final... ¿tienes un pañuelo?... gracias... al final alguien cogió el teléfono y cuando pregunté por ti dijo “No, se equivoca” y colgó, pero su voz... su voz... su voz...

Él me ha hecho sentar y mantiene mi cabeza sobre su hombro, aunque se lo estoy empapando.

-¡Su voz era idéntica a la tuya!

No intenta disculparse. Me deja llorar todo lo que quiero, que no es poco.

-Y ahora –digo cuando por fin levanto la cabeza-, ahora, déjame que adivine adónde vamos.

-Adivina –dice sonriendo. Y es la misma sonrisa, desamparada, con los ojos tristes detrás de las gafas.

-Me lo pones demasiado fácil –me río-, no tiene mérito. ¿Sabes que aún tengo la guía que compré para ese viaje? La guardo en un altillo –confieso, bajando la voz- y la saco para mirarla de vez en cuando.

-Claro que me acuerdo. Y no he ido nunca a Marruecos, he esperado a poder ir contigo.

-Veintidós años...

Se me vuelven a nublar los ojos y todo se funde en negro.

Sí, era esa manera de besar, juguetona, adolescente, mientras me aferraba con desesperación casi de viejo, lo que le volvía irresistible. Hacíamos el amor en una casa prestada, una casucha medio en ruinas, llena de gatos sin dueño, con una tapia y un rosal y cortinas en vez de puertas, en lo que entonces eran las afueras de Madrid, la calle de la Liebre, no muy lejos de donde ahora vivo... Me envuelve el olor de su pelo: tiene la misma cabellera suntuosa, larga, rizada, viva como un animal, de mi primer amor, que era holandés y tenía diecisiete años... y el olor obscuro del chico de la frutería... y una pizca de la brutalidad de Marlon Brando en *Un tranvía llamado deseo*... y la misma manera sibilina de pasarme los dedos por debajo de las bragas que tenía Eustaquio hace muchos años, cuando entraba por la ventana en mi habitación del colegio mayor, a media noche, y salía de madrugada también por la ventana...

-Oye –susurro incorporándome, desmelenada y sudorosa-, ¿todo esto es mentira, verdad? ¡Que estoy casada!

No me contesta, ocupado en mordisquearme el cuello. ¡Qué afilados tiene los dientes! Subo las manos, las meto en su melena enmarañada, le palpo la cabeza. ¡Qué ancha es, qué grande! Me rasga el vestido, yo le abro la camisa de un golpe seco que hace saltar todos los botones, restriega contra el mío su vientre duro y velludo... increíblemente velludo...

-¿Quién eres? ¿Quién eres? –grito entrecortadamente retorciéndome

-¿No me reconoces? –me ruge al oído-. Soy el león de la Metro.

Me arranca la ropa a zarpazos, mientras yo, libre de escrúpulos, gimo y grito entregándome por fin al amante con el que sueño desde que a los trece años, en un test de *Marie-Claire* titulado *Êtes-vous une femme érotique?* leí la pregunta: *Aimeriez-vous faire l'amour avec un lion?*

Cuando abro los ojos estamos saliendo del túnel. El tren se detiene; la cortinilla está abierta.

-¡Ooooooh! –exclamo.

Estamos en medio de una plaza con una torre que recuerda la Giralda, y hay hombres con túnica blanca montados sobre asnos grises, y mesitas bajas con teteras plateadas y vasos de cristal con dibujos negros, y casas de adobe gris entre palmeras negras.

-¡Exactamente como lo imaginaba!... ¿Bajamos? –y tiro del brazo de mi compañero. Pero es un brazo inerte. Me vuelvo: lo que tengo al lado es un pelele tamaño natural.

Qué raro... Qué raro todo. Me siento a reflexionar. Debo tratar de entender las reglas del juego. Será necesario efectuar algunos experimentos.

Para empezar, palpo el muñeco. Tela rellena de serrín, groseramente pintada representando un hombre. ¿Y si le doy un puntapié?... Tomo carrerilla y se lo doy bien

dado. Cae al suelo hecho un guiñapo. Le está bien empleado, aunque sea con veintidós años de retraso. Lo empujo con el pie debajo de la banqueta para que no moleste... pero luego me lo pienso mejor. Lo recojo del suelo, le sacudo el polvo, lo doblo con esmero y lo coloco en la rejilla. Me puede ser útil por la noche.

Sigamos. Este paisaje tiene decididamente algo extraño, pero ¿el qué?... La cosa es que no me resulta desconocido... Todas estas imágenes las he visto ya... sí, las he hojeado muchas veces. Claro, ahora entiendo por qué son grises las casas y negras las palmeras... Serían mucho más bonitas en rojizo, en marrón y verde... y a medida que lo pienso, toman color.

Vaya, vaya. Qué interesante... ¿Y no es un poco soso este paisaje tan quieto? ¿Y si le añadiera algo, gente, animales...? ¿Un camello? No había ninguno en las fotos de mi guía, pero no sería mala idea. Aparece, obediente, un camello... dos camellos, tres camellos... tantos camellos como me venga en gana. ¡Qué divertido! Le añado a cada uno un tuareg con túnica y turbante azul... ¿Pero por qué azul? ¿Por qué no fucsia? Pues fucsia. Y los camellos, verde turquesa. ¿Y si quiero que el cielo sea amarillo? Descaradamente amarillo, sí señor, amarillo limón. Y la luna, morada. Les doy alas a los camellos; salen todos volando como mansas palomas, y al llegar a la luna van desapareciendo.

Me río a carcajadas. La luna es de plata y me refleja. ¡Ah, qué bella me veo en este espejo! ¿Eso no es de una ópera? Enjoyada, repelinada, con un aparatoso vestido de satén, de cuyo generoso escote desbordan mis opulentos pechos, camino de un lado a otro del escenario cantando a voz en grito. *Vissi d'arte... vissi d'amore...* mi voz suena como cuchillos y cristales ... *La donna è mobile... cual pluma al vie-ento...* la sala está repleta... *lara-la-lalalá...* leve como una pluma me elevo... como un majestuoso globo... mis ciento cincuenta kilos levitan... extendiendo los brazos, planeo por encima de la sala, sin dejar de cantar... miles de espectadores me contemplan en silencio absoluto, conteniendo el aliento... vuelo hasta situarme justo encima de la luna... es de plata, de vidrio, de agua... alzo los brazos, apunto al centro y lanzando un do de pecho aterrador que rompe los espejos, las gafas y las esferas de los relojes, me tiro de cabeza. Todo se borra en una explosión de agua.

Salgo nadando. Trepo a un bote de remos. ¿Dónde estoy? Mejor dicho: ¿dónde me da la gana de estar? El bote flota en la nada. ¡Ah!, me estoy acordando de un reportaje, en una revista atrasada que hojeé en la peluquería... sobre un archipiélago noruego, en el Océano Ártico. Muy bien: voy a crear un archipiélago. Me arremango. Primero haré el mar. Llevo una túnica blanca, soy incorpórea, toda luz. De pie en la barca ordeno: ¡Hágase el mar! Obediente, el mar se hace. Enorme, oscuro, con oleaje... del agua se eleva un lamento sordo, como un coro de ánimas del purgatorio... y lejanías brumosas... así... como esos mapas antiguos donde la tierra es un círculo y en sus bordes hay sirenas y monstruos marinos... barrocos, dibujados a tinta ... música barroca, entonces, por ejemplo... *Dido y Eneas*. Los coros: el de los marineros, la risa de las brujas... Bien. Ahora un fiordo... un desfiladero de agua entre montañas de roca... ¿Así de grandes? No, más grandes, mucho más... así está bien. ¿De qué color las pinto? Pues gris oscuro, con un toque verde de hierba y algún nevero blanco... ¿Brillante o mate? Brillante, así se ve mejor el destello de sol en los neveros. Reluce el blanco en el paisaje tenebroso. Modestia aparte, ¡qué bien me está saliendo!... ¿No quiere que se la amplíemos a trece por dieciocho? ¿Cómo dice? ¿De qué diantre me está hablando?... Concentrémonos. Ahora, al fondo del fiordo, aldea de pescadores. De mi cabeza surge un haz de rayos todopoderosos que a la velocidad de la luz llega al fondo del fiordo y hace brotar media docena de casas. ¿De qué material, qué forma, qué color...? Pues no sé, casas, en fin, normales, con tejado y chimenea y flores en las ventanas. ¿Y de qué color? Ay, yo qué sé, rojas, azules, déjenme en paz con los detalles. A ver, ¿qué más me gustaría que hubiera? Ah, sí, gaviotas. En todo mar hay gaviotas, digo yo, incluso en el Océano Ártico. O sea que unas cuantas gaviotas. Aparecen gaviotas como a mí me gustan: grandes, vivas, hermosas, con los ojos brillantes y los picos recios, volando en círculo, lanzando gritos breves, como notas de clavecín... ¿Y qué más? ¿Qué más puede haber en un archipiélago noruego?... A ver, a ver... ¿Pero qué demonios hace aquí un clavecín? Un clavecín con remos, anclado en un puerto del Océano Ártico, ¿a quién se le ocurre? ¡Llévense este clavecín! ¿Cómo que lo he encargado yo? ¡Si no veo un papel firmado no me creo nada! Y pónganme... pónganme... A ver, ¿no hay focas en el Océano Ártico? Pues que me traigan una foca. ¿Dónde se la dejo, señora? Aquí mismo. ¿Y qué hago con las brujas? ¿Qué brujas? Las que tiene usted aquí, señora, me preguntan si tienen que seguir riéndose. Y yo le pregunto quién ha traído aquí a los cazadores, sí, esos, la dama y el caballero. ¿Quién les ha dado vela en este entierro, si se puede saber? ¿No ven que se han confundido de paisaje? Que esto no es un bosque, que

están cabalgando sobre las olas del Océano Ártico, ¿pero es que no me oyen? ¿Les importa irse con viento fresco? ¡Que se me están echando encima! ¡Pero qué maleducada es la gente! De pronto, un relámpago enciende el cielo y un trueno desgarrá el paisaje. ¡Rápido, refugiarse! ¡Aquí, aquí, esto es la boca de una cueva! Con precipitación, porque ha estallado la tormenta, atamos los caballos a un árbol... ¿Qué árbol? ¿Un roble, un pino, un alcornoque? ¿Un baobab, un bonsai...? Cállese de una vez, ¿le parece que estoy ahora para disquisiciones botánicas? La cueva es honda, abovedada, me quito el sombrero de plumas... Eneas es alto y moreno... y me está mirando, por Dios, cómo me está mirando... sólo ahora caigo en la cuenta de que estamos solos. Solos, en una cueva, esperando que pase la tormenta... él, muy lentamente... yo estoy de pie en la penumbra y él da un paso hacia mí... oigo su respiración agitada... da otro paso, y tropieza con algo y cae. ¿Con qué ha tropezado, qué es esto? ¡Una foca! ¡Sáquenme de aquí esta foca ahora mismo! Ya qué más da, ya es imposible concentrarme. No puedo más. Si hasta me parece que tengo fiebre...

Agarro los remos y remo hasta la aldea. Qué agotamiento, Dios mío... A los dos lados del fiordo, las montañas se difuminan. ¿Será que ha avanzado el día y está cambiando la luz?... No veo las manchas verdes de hierba, ni las blancas deslumbrantes de los neveros. ¿Y las gaviotas? No las oigo, ni oigo el mar... Me acerco al pueblo... ¿Tan pálidos eran el rojo y el azul de las casas?... Debería volverlo a pintar todo, pero estoy demasiado cansada. Y además, ya no me divierte este juego. Si pudiera me echaría una buena siesta. Se me cierran los ojos... Qué cosa tan rara: las montañas no sólo pierden color, sino altura... Todo el paisaje se está destiñendo... encogiéndose... deshinchándose... Miro a la izquierda, a la derecha, en frente, con alarma: el mar ha disminuido... queda lo justo para aguantar la barca... ¿y si no llego a la costa? ¡Tengo que hacer algo! Me abofeteo. Remo con frenesí. Las casas ya son sólo rayas, trazos sobre fondo blanco. Salto a la playa justo a tiempo: ya no hay mar, ni barca, ni pueblo: todo es blanco. Sólo queda un trocito de arena. Nada más puedo sentarme, y aún así, encogida. Me aprieto las rodillas, me veo los pies... hay que ver, qué poco morena estoy... qué pálidos tengo los pies... ni siquiera veo sus contornos... Pero... pero... ¡se están borrando! ¡Se me están borrando los pies! ¡Me estoy borrando!... ¡Socorro! ¡Socorro! ¡SOS!... ¡Estoy desapareciendo! Me concentro furiosamente, con todas mis fuerzas me imagino mi cuerpo... Sí, mi cuerpo, entero, normal, con sus sesenta kilos y su ropa de luto... y una silla para sentarme, y una mesa, que no se deshagan, que no echen a volar, que no se conviertan en clavecín ni

en barco... Por favor, por caridad, silla, mesa, paredes, algo fijo, que sea igual todos los días... Cosas sólidas, que no den sorpresas, que no dependan de mí para existir... cosas en las que atarme, anclarme, que me enmarquen... De rodillas suplico: que me sea concedido despertarme cada mañana y ser la misma... Abrir los mismos postigos, ver el mismo paisaje, el que sea... Y un hombre a mi lado, el mismo durante veinte, treinta, cuarenta años, toda la vida... que me sujete, para no salir volando... y dos hijos, lo más banal, por favor, por favor... el nene y la nena, sí, la parejita..... y todos los días levantarse a la misma hora, llevar a los niños al colegio... Y en verano enviarles a colonias, y esperarlos como cualquier madre en la estación, con un regalo...

El hombre que se ha parado junto a mi mesa espera, algo desconcertado por mi silencio. El reloj de la estación marca las doce, siete minutos, diez segundos.

-No –contesto, negando con la cabeza y sonriendo cortésmente-, no lo soy.

Pero lo volveré a ser, pienso mientras se aleja